
entre la lealtad y la deslealtad: modelos y valores de un grupo de barristas de «comando sur»

jorge thieroldt llanos

- ¿En qué situaciones te has sentido más inseguro?
- Casi en todas las situaciones.
- ¿Existe algo por lo que lucharías a cualquier precio?
- Por sobrevivir y subsistir en la vida.

Estas dos respuestas de un joven líder de veintidós años, obtenidas en un taller de diagnóstico con miembros de la barra de un club de fútbol local realizado hace poco más de un año,¹ se instalaron en nuestra memoria y nos sirvieron de pauta al iniciar un trabajo de investigación más amplio y de más largo aliento.² Este artículo es fruto de la relectura del material obtenido aquella vez, relectura hecha luego de haberlos acompañado —a ellos y a jóvenes simpatizantes de otros clubes— durante un año en diversas calles y tribunas diferentes.

Los barristas del taller procedían en su mayoría del distrito de La Victoria y tenían entre dieciséis y veintidós años de edad. Se trataba de jóvenes considerados como «pertenecientes a grupos de riesgo»: involucrados en violencia de pandillas, con experiencias delictivas tempranas como asal-

¹ En julio de 1998, la Asociación Civil Pro Niño Íntimo (ACPNI) realizó, con el apoyo de UNICEF, un diagnóstico de valores basado en dinámicas de participación, con veinticinco miembros de la barra del club Alianza Lima. En aquella reunión se realizaron trabajos de expresión grupal e individual, como la elaboración de papelógrafos y el llenado de cuestionarios, así como debates, juegos y actuaciones. La animación del taller estuvo a cargo de Olga Bárcenas y miembros del grupo Teatro Vivo. Participaron también en la realización de este taller Sara Diestro, Dorkha Linares y Eliana Sánchez, miembros de la ACPNI. Una versión preliminar de los resultados de este taller fue publicada en *Derecho de admisión. Proceso de escucha a los adolescentes*. Lima: Unicef, junio de 1999.

² «Fútbol: barras y barrios. Identidad juvenil y violencia urbana», PANFICHI, Aldo y Jorge THIEROLDT. Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

to y robo, dedicados temporal o permanentemente a la venta y consumo de drogas, y muchos de ellos desertores escolares. El taller tuvo como objetivo conocer quiénes son y por qué, sus modelos y antimodelos, son sus metas o proyectos de vida y su la percepción sobre los derechos humanos.

El material recogido en aquella oportunidad fue reordenado sobre el eje de análisis compuesto por los polos opuestos *seguridad-inseguridad*. Este eje se sostiene en una hipótesis que surgió de la investigación en marcha: *la de la autoconstrucción de la seguridad entre pares*. El preguntarles qué les brinda seguridad y qué les hace sentir inseguridad fue realmente revelador. Aunque en un principio fueron dos simples preguntas más del cuestionario, nos dimos cuenta de que a través de estos dos extremos podían articularse perfectamente las respuestas a todas las otras preguntas. «Cuando nos vamos a saquear con la barra y nos corretean los tombo», «detenido por la policía», «en una bronca contra las gallinas» y «cuando he hecho el amor con mi jerma», fueron algunas situaciones en las que confesaron haberse sentido inseguros.

El taller reveló que estos jóvenes se encuentran en un permanente estado de zozobra, que los empuja a encontrar seguridad estableciendo sólidos lazos entre iguales que habitan el ámbito local o de barrio. Entre ellos comparten experiencias de vida en común que les permiten reconocerse como iguales; experiencias caracterizadas por un sentimiento de inseguridad constante, provocada por un entorno sumamente hostil y por carencias de todo tipo.

Las entrevistas realizadas hasta ahora —con jóvenes provenientes de distintos distritos— comprueban que es con los amigos de cuadra con quienes ellos construyen su propia seguridad desde temprana edad. Con ellos aprenden a agenciarse recursos económicos en las calles y se defienden de diversas agresiones, como por ejemplo la de grupos vecinos, compuestos por muchachos de características similares. Por compartir este tipo de vivencias, el grupo se convierte en una comunidad emocional caracterizada por el establecimiento de lazos afectivos muy fuertes. El grupo de pares del barrio se constituye en una familia alterna, que ocasionalmente suple las carencias afectivas de algunos de sus miembros.

Algo que encontramos en todos los muchachos participantes fue la noción de barrio como territorio familiar, y lugar donde desarrollan su vida de un modo bastante seguro frente a la hostilidad que encuentran en otros puntos de la ciudad. Esto no significa que en su barrio se sientan totalmente seguros: encontramos un precario equilibrio entre la lealtad que esperan de sus conocidos y la posible traición de cualquiera en el que hayan depositado su confianza. Podemos afirmar con certeza que lo que realmente les proporciona seguridad es la solidez de los lazos que puedan establecer con sus pares.

El simple hecho de ser parte de un barrio determinado no reporta seguridad a estos jóvenes. Vivir dentro de sus límites, ser conocidos por los vecinos o participar de la dinámica local de esta especie de unidad social que es un barrio *achorado*, no es lo más importante; para ellos lo más importante es la calidad de la relación que van construyendo con los distintos miembros de ese barrio. La lealtad es indispensable para que el lazo interpersonal sea sólido y reporte seguridad: está representada en el compañero que los recogerá del piso al «guerrear» con el enemigo, en el cómplice que no los delatará al ser atrapado por la policía. La lealtad es, por

tanto, el valor más apreciado: es el criterio con el cual juzgan, evalúan y clasifican a las personas con las que se relacionan; es el valor principal dentro del grupo de pares y la vara con la cual medirán a sus integrantes.

Finalmente, nuestro eje de análisis queda completo. En el extremo de la *seguridad*, como valor que más aprecian estos jóvenes, se encuentra la lealtad. En el extremo de la *inseguridad*, lo que más detestan y rechazan: la deslealtad.

Atrapados

Es importante señalar lo primero que nos asombró al acercarnos y escuchar a estos muchachos: su enorme capacidad para detenerse y re-leer críticamente su *cotidiano*. Estos jóvenes son perfectamente conscientes de su realidad; pueden compartirla y analizarla. Y esta capacidad de reflexión sobre sí mismos se manifiesta en casi todas sus respuestas: revelan que se sienten atrapados en un círculo vicioso de precariedad material y moral, del que desean salir. Al escucharlos y leer sus respuestas no pudimos dejar de percibirlos como aprisionados por las circunstancias, aunque ellos no lo hayan dicho explícitamente.

Es necesario hacer una distinción en la muestra con la que se realizó el taller: los jóvenes en posición de liderazgo, en la barra o en el barrio del que proceden, tienen mayores posibilidades de romper con este círculo; por lo tanto, son los que menos atrapados se sienten. Los líderes de las barras tienen, por ejemplo, constantes reuniones con dirigentes de su club de fútbol, con los que negocian sabiendo que tienen tras ellos a lo que consideran «la verdadera hinchada del equipo». Son también quienes más contactos tienen fuera de sus barrios: coordinan reuniones y dirigen actividades con grupos barriales de todos los distritos de Lima, además de planificar los viajes a provincias.

Quizá por ello encontramos notorias diferencias entre las respuestas de los líderes y las de los otros integrantes, generalmente de menor edad. Cuando se les preguntó a estos jóvenes cómo se imaginaban dentro de algunos años, las respuestas de los que se encontraban en posiciones de liderazgo fueron del tipo: «superior a lo que soy ahora» o «profesional, con una familia formada, guiando a mis hijos con educación y respeto», lo que evidencia un fuerte deseo de superación y confianza en sí mismos. Entre los barristas más jóvenes, en cambio, fueron frecuentes las respuestas del tipo: «no me veo nada porque no soy nada ahorita» o «un delincuente y un fumón».

Los líderes son capaces de realizar análisis sociales más elaborados que los otros integrantes; en su discurso encontramos términos como «ciudadano», «autoridades», «subdesarrollo» e «instituciones», palabras totalmente ausentes en el vocabulario de sus compañeros. Se podría pensar que el ejercicio constante de tareas de coordinación dentro del grupo —como planificación, diálogo y administración de presupuestos colectivos— y las tareas de representación grupal —como las constantes negociaciones con los municipios y la policía—, les han permitido desarrollar una visión de mundo de mayor alcance, y una reflexión distinta, de un modo que podríamos considerar político.

Cuando trataron de explicar quién sería un modelo para ellos, señalaron: «alguien que nos ayuda, comprende y valoriza». Entre los modelos con que cuentan destacan el del amigo, el del líder y el de la madre.

Su modelo de amigo es alguien que, como cualidades necesarias, cuenta con *espíritu de superación*, es entretenido, honesto y leal. Estos jóvenes admiran y aprecian a sus amigos que estudian y trabajan; los consideran «responsables». Si bien esto puede deberse a un discurso de sentido común, para nosotros es un indicador (entre otros) de su deseo de cambio. Para comprender mejor su actitud hay que tener en cuenta que la alegría, el entretenimiento y la diversión son requerimientos esenciales en sus vidas. Aprecian que sus amigos respondan a ellos, lo que puede ser entendido como un reclamo de calidez en sus vínculos interpersonales. La concreción de estos requerimientos se encarna en la figura del *chongero*.

La honestidad y la sinceridad van, para ellos, de la mano con la lealtad y la fidelidad, también indispensables en un amigo. Esta figura es de gran importancia emocional puesto que es con sus compañeros de cuadra que pueden agenciarse recursos y protegerse en un entorno que les es sumamente hostil desde temprana edad: se trata de jóvenes que crecen en zonas tuzurizadas y con una alta densidad demográfica, caracterizadas por una gran escasez de bienes de todo tipo. Tener esto en cuenta nos permite comprender a quien, al ser preguntado acerca de lo que convertiría a alguien en su enemigo, respondió: *la vil y ruin traición, que te venda o que te delate*.

Su modelo de líder es alguien que además de ser confiable (honesto y sincero) posee tres cualidades principales: es comunicativo, justo y sabe tomar decisiones. Es necesario que el líder sepa escuchar a los que depositan su confianza en él y comunicar las cosas de un modo transparente. En un contexto social duro y un cotidiano caracterizado por situaciones violentas, los integrantes esperan encontrar seguridad dentro del grupo.

La agresión y la violencia se canalizan o proyectan hacia el exterior, se practican con el otro. Por lo tanto, se espera que el líder «se haga respetar», pero que no sea abusivo con sus compañeros. Algunos jóvenes dijeron que se sienten inseguros sobre todo en el momento de tomar decisiones (incluso un líder confesó, como se reseñó al comienzo, que el sentimiento de inseguridad lo embargaba «casi en todas las situaciones»). El modelo de líder tiene como cualidad indispensable el «ser inteligente»; y como habilidad imprescindible «el saber tomar decisiones». Nada resume mejor todo lo dicho que la descripción de un líder por parte de un joven barista: «inteligente, astuto, debe saber salir de cualquier apuro y saber elegir».

Ambos modelos, el de amigo y el de líder, permiten entender cómo emplean y el significado que dan a dos de las palabras más usadas por ellos: «barrio» y «atorrante». «Barrio» es, en su jerga, la palabra con que se refieren al amigo, aunque es halago y advertencia a la vez. Es halago porque significa reconocer al otro como parte del grupo de pares, de la comunidad local —el barrio—, como a un hermano con el que se comparan alegrías, un similar que ha pasado las mismas necesidades y en quien

se puede confiar en cualquier situación, por lo general violenta y peligrosa. Con esta palabra verbalizan los estrechos lazos que construyen durante toda su vida con la gente que aprecian. En pocas palabras, significa: «eres parte del grupo»: un gran halago, sobre todo para quien no es parte de la barra o del barrio.

Aunque se esté pasando solo por una calle, el decir «¡habla, barrio...!» ante un extraño y potencial enemigo, constituye una advertencia velada. Esta frase significa que se tiene «barrio»; es decir, mediante esta palabra se trata de comunicar al interlocutor que se pertenece a un barrio «achorado» y por lo tanto, se cuenta con un grupo de respaldo que podría tomar represalias si se es agredido. Del mismo modo, cuando dos líderes o grupos al borde del enfrentamiento se tratan de «barrio», se están tratando de emparentar como *iguales que pueden llegar a un acuerdo y evitar un despliegue inútil de violencia*.

«Atorrante» es el término de su jerga usado para señalar al infractor de las normas del grupo, normas que dictan lealtad entre los miembros. Aquel que causa inseguridad entre los pares o en el barrio, ya sea abusando del más débil o mostrando falta de reciprocidad con los compañeros, recibe este epíteto lapidario. Serlo es totalmente reprobado; internamente, quien es tachado como «atorrante» no merece la consideración de nadie y es difícil que alguien le muestre solidaridad.

Pero, a la vez, en el ámbito de las relaciones intergrupales su uso resulta utilitario. Así como «barrio» puede implicar una velada advertencia que revela la intención de lograr una interacción pacífica, el uso de la palabra «atorrante» como emblema del grupo se constituye en una amenaza explícita. Muchas pandillas de barrio se han autobautizado «Los Atorrantes» y las diversas barras de fútbol entonan en los estadios una canción que dice: «...yo paro con una barra que es atorrante...». Se trata de una severa advertencia para los miembros del grupo contrario: tú no eres de los nuestros, no estamos obligados a tener consideraciones contigo. Hacia afuera nosotros somos «atorrantes», nosotros no creemos en nadie.

La figura de la madre es la más interesante de las mencionadas. Para explicar en detalle lo que para ellos significa, repararemos en dos de las características que se le atribuyen: coraje e incondicionalidad. Según la dinámica en que participamos, la madre encarna sin duda el modelo por excelencia de lucha ante la adversidad. Al preguntárseles quién es la persona que más admiran en su familia y por qué, las respuestas fueron elocuentes: «mi madre porque es una buena persona que lucha a diario por sacarnos adelante a mis hermanos y a mí», «mi madre por su sacrificio en nosotros».

Colocarlos en el lugar de Meche, personaje de una película que compartimos,³ produjo en ellos reacciones inesperadas. Meche es una muchacha que queda embarazada y es convencida por su pareja para someterse a un aborto. Tiene una hermana que ya ha pasado por un embarazo no deseado, pero que optó por tener a su hija aun estando en una pésima

³ Con el propósito de involucrarlos en los temas a tratar proyectamos el telefilm *Bajo el mismo cielo*, producido por el Centro de Estudios y Acción para la Paz (Ceapaz), que logró, con éxito, motivarlos y captar su atención.

condición económica. Fue impresionante cómo estos jóvenes se identificaron masivamente con la hermana de Meche, que se convirtió en un símbolo de coraje. Ella encarnó el modelo de madre y recibió toda la admiración que para ellos se merecía. Este personaje fue sinónimo de lo que es «salir adelante».

Además del coraje como característica principal de la figura materna, hubo otras respuestas que en su momento no supimos interpretar lo suficientemente bien; tan solo las registramos como características afines en el informe final. Los participantes del taller reconocían su presencia y cariño en todo momento, además de sus incansables intentos por encaminarlos «en la senda del bien»: «mi madre porque me ha apoyado en todos los momentos buenos y malos», «mi mamá porque es muy buena conmigo». Estas respuestas nos remiten a un aspecto particular: la incondicionalidad. Aspecto que, luego de algunas entrevistas, se articuló perfectamente con la característica que ya conocíamos, y enriqueció nuestra construcción del modelo de madre con que ellos cuentan.

Para estos jóvenes —muchos de los cuales aprenden a delinquir desde temprana edad— el temor de terminar presos permanece latente y se acrecienta al alcanzar la mayoría de edad. Para ellos, la peor experiencia que puede tenerse en la vida es estar en la cárcel, lugar donde se sienten totalmente desprotegidos y vulnerables y en el que ya no cuentan con los amigos de cuadra con quienes han construido su seguridad. Para ilustrarlo, resulta esclarecedor el relato de un barrista del club Alianza Lima:

Ya, ahora, bueno, para irte al infierno tienes que morirte, ¿no es cierto?, pero el único infierno terrenal que hay acá es la cárcel, porque en la cárcel es el único sitio donde tú lloras, sufres, y te cagas de miedo porque no te claven ni te cachén..., es la firme, pe'.⁴

La madre no solo es la persona que aun en la situación más extrema no se olvida de ellos, sino que además constituye el único apoyo con que cuentan. La madre encarna el coraje y la incondicionalidad total. Estos jóvenes enaltecen la figura de la madre por ser para ellos la única que representa fidelidad a toda prueba. Algunos la mencionan como una de las razones por las cuales dejaron de delinquir a determinada edad y optaron por dedicarse a otro tipo de actividades:

¿Por qué?, porque tengo mamá, pe' huevón, tengo hermanas, y... puta mira yo te digo, varios patas míos han muerto, ¿ya?, ya están muertos, huevón. Puta, toda la gente del barrio los extraña, todos lloramos un día, pero a mí no me gusta ir a los velorios ni me gusta ir a los entierros, huevón, yo he tenido que ir por fuerza, puta, y yo he visto la cara de la vieja de mi pata, llorando por su hijo que lo han matado de un balazo, o que lo han matado en cana..., puta, yo no quisiera darle esa desgracia a mi vieja, si yo me voy en cana, o me muero, o me matan de un balazo, prefiero primero que mi vieja esté muerta, que mi vieja no me vea hacer esa huevada, que mi vieja no lo sufra, porque a las finales, com-

⁴ «Fresco», 19 años. Entrevista realizada en La Victoria, viernes 28 de mayo de 1999.

padre, tú ya estás muerto, ya, ya no ves nada, si existe otro mundo ya estás en el otro mundo; y si tienes alma, ya pe', tu alma está dando vueltas. Pero tú no ves, pe'..., y yo he visto, pe', puta, llorar a las viejas ajenas, y no me gustaría ver a mi vieja o sea que yo... [...]⁵

Antes de abordar otro tema, es necesario hacer notar lo poco mencionada que fue la figura paterna. El padre casi no apareció en las respuestas; y las escasas veces que sucedió lo asociaron a su papel de proveedor de recursos, o a experiencias negativas como el abandono del hogar. Ante la falta de evidencia y reconociendo la necesidad de una más exhaustiva exploración sobre esta figura, intuimos que su ausencia en la escena está estrechamente ligada a la alegría y el apoyo que se espera de un amigo, a la capacidad de decisión y seguridad de un líder, y al espíritu de lucha y la incondicionalidad a toda prueba del modelo de madre, todas ellas características que precisamente no habrían encontrado en sus padres.

entre la lealtad y la deslealtad

Pizarra de personajes

En cuanto a la escena internacional, entre los personajes clasificados bajo el rótulo de «modelos» encontramos a Fidel Castro, Nelson Mandela, el Che Guevara, Lady Di y la madre Teresa de Calcuta. Castro es un personaje de la izquierda radical que usó la violencia como medio para conseguir la justicia; Mandela es el paladín mundial de la lucha contra el racismo negro y Guevara es una especie de Robin Hood más actual. Como vemos, estos modelos son símbolos de cambio social. Lo mismo ocurre con Lady Di y la madre Teresa de Calcuta, ambas mujeres famosas por ayudar a los pobres y los enfermos de todo el mundo. Resulta interesante constatar que los personajes elegidos como dignos de admiración coinciden con sus modelos de líder, amigo y madre: los personajes masculinos en el papel de revolucionarios, los femeninos en un papel más tradicional.

No deja de ser interesante y de sugerir nuevas pistas de investigación el hecho de que aparezcan también como dignos de su admiración el casi mítico cantante de salsa Héctor Lavoe, cuyas canciones se saben de memoria; Cantinflas, cómico que según ellos «construyó colegios» y Michael Jackson, cantante negro de música pop.

Entre los clasificados bajo el rótulo de «antimodelos» aparecen ciertos personajes de la historia: Hitler, Nerón, Calígula, Napoleón y Atila, presentados en la escuela básicamente como causantes de violencia y destrucción. Bajo este mismo rótulo encontramos a Stalin y a Robespierre, revolucionarios que también son presentados negativamente en los colegios. Cabe destacar que en este grupo también se incluye a Sadam Hussein, presidente de Irak enfrentado con los Estados Unidos. Se trata de figuras históricas recogidas de manera fragmentaria de dos fuentes: el colegio y los medios de comunicación, disociadas del contexto histórico particular por los barristas.

⁵ Ídem.

De la escena nacional, los clasificados bajo el rótulo de «modelos» son solo tres. César Hildebrandt, quien encabeza la lista «porque denuncia los abusos y las corrupciones»; a continuación Augusto Ferrando, «porque ayuda a los demás»; y, cerrando la lista, Federico Salazar «por su carisma». Cabe mencionar que los tres son personajes de la televisión. En cambio, el papelógrafo que albergó a los «antimodelos» estuvo repleto, y destacaron los políticos.

Antes de pasar a la larga lista de antimodelos, tengamos presente lo que estos jóvenes sentenciaron al explicar quiénes no son un modelo para ellos y por qué no lo son: «todos aquellos que no creen en nosotros» (los que no son capaces de confiar en ellos) y «los finteros» (los que prometen pero no cumplen). En esta lista se mezclan líderes políticos, autoridades locales y animadores de televisión, con consagrados delincuentes: Alberto Fujimori, presidente del país; Mario Vargas Llosa, figura asociada con la élite; Susy Díaz, vedette y congresista; Alan García, ex presidente asociado al caos y al fracaso; Carlos Manrique, estafador que defraudó a muchas familias; y Abimael Guzmán «porque mata gente inocente». También incluyeron en este grupo al alcalde de Lima, al de El Agustino y al de La Victoria, quienes los han defraudado porque prometen mucho y no han cumplido. Magaly Medina «por maletera y soplona», y Jaime Lértora «porque es metiche», personifican en las pantallas de televisión las cualidades que ellos detestan: la deslealtad y la traición. La Policía Nacional del Perú — «abusivos policías soplones», el Poder Judicial y el Serenazgo, organizaciones encargadas de mantener el orden y defender la justicia, comparten el mismo espacio con los famosos delincuentes «Tatán», «Momón» y «Canebo».

Al parecer, las dificultades que tuvieron los barristas que participaron de este taller para encontrar modelos entre las figuras nacionales, se debe a que muy pocos de estos personajes públicos están cerca del extremo positivo, «seguridad» (caracterizado por el valor de la lealtad); y muchos, en cambio, lo están del extremo negativo, «inseguridad», (caracterizado por la deslealtad). Salvo por César Hildebrandt, Augusto Ferrando y Federico Salazar, los modelos de líder y amigo están vacíos. Por ahora, el modelo de madre sigue vacante.

LOS ANHELOS

Otro de los objetivos en el encuentro con estos jóvenes fue recoger sus metas. Pero luego de realizado el taller y revisado el material recogido, hemos podido determinar que ellos cuentan más bien con anhelos y no con metas específicas. Sus tres principales anhelos son: «un trabajo fijo», «una carrera profesional» y «una casa propia». Además de estos tres deseos cercanos a lo material, que pueden ser leídos como un reclamo de estabilidad y firmeza en sus vidas, aparece también el deseo de formar un hogar: «tener mi familia».

En su mayoría, estos jóvenes piensan que casarse es algo bueno y planean hacerlo. Muchos incluso mencionan «el amor», algo inesperado para cualquier persona que ha visto a través de los medios de comunicación la representación de estos barristas como jóvenes sin metas ni sentimientos. Al pedirles que completen la expresión «yo creo que casarse...»,

señalaron, por ejemplo, que «es la consolidación del amor de dos personas que viven para darle el amor, la protección y la educación a sus hijos», «es la unión de dos personas que se aman». Incluso hay quienes lo asumen con madurez y responsabilidad: «es algo muy bonito, pero antes de hacerlo tienes que pensarlo muy bien», «es un deber de enfrentar en las buenas y las malas con tu mujer». Resulta evidente que todos estos anhelos se encuentran en el extremo positivo del eje seguridad-inseguridad y responden a la precariedad por la que atraviesan diariamente y al consecuente deseo de cambio y superación.

Junto con estos anhelos encontramos en otras respuestas del cuestionario dos posturas aparentemente antagónicas frente a la violencia. Por un lado la rechazan, expresando un deseo de paz para el futuro; el planteamiento «no admiro a ... porque...» fue completado, por ejemplo, así: «los pandilleros, porque son violentos», «mis tíos porque me enseñaron la violencia»; «me gustaría que el Perú en 10 años...»: «sea un país sin violencia», «que no haya mucha violencia»; «los principales problemas del país son...»: «terrorismo, drogadictos, rateros, barra brava», «la violencia, vandalismo». Sin embargo, de manera simultánea, manejan la noción de legítimo uso de la violencia en contra de los enemigos. Así, «un líder debe ser...»: «amigo, comunicativo, darle a la gente lo que pide si es necesario o según convenga y con el enemigo destructivo sin piedad». Expresan este principio con cierta dosis de satisfacción: «¿qué programa de televisión te gusta más y por qué?»: «me gusta mucho ver cómo se pelean, se disparan...».

Esta desconcertante autopercepción como problema social y las respuestas aparentemente contradictorias, se esclarecen totalmente cuando desviamos la vista del papel hacia la vida cotidiana de estos jóvenes y escuchamos sus experiencias de vida. Pasajes del relato de un barrista del Sport Boys ilustran la idea que queremos transmitir:

¿Cómo te aprendes a ganar tus propias cosas?, tienes que salir y hacer lo que sea pe', ¿no? O sea, si no puedes trabajar, si no puedes conseguir por medio de tu trabajo, tienes que salir y ganarte pe'. [...] ¿Qué me motivó el salir a ganar?, la necesidad pe'. Necesitas comer, necesitas vestirme, necesitas ponerte algo, eso es lo que te motiva a salir a ganar. [...] Ganarse el prestigio, pe'... o sea, claro pe, tienes que hacerte respetar pe. Y pa' que te hagas respetar, a cualquiera que te quiera faltar en el grupo tienes que... ya pe', un parao'. ¿Sí o no?, tienes que mechártelo no más pe'. [...] O sea que se sienten superiores pe', o sea que piensan que son mas avezados, que son..., puta, que son más pinta pe', ¿entiendes?, y eso no puede ser pe' huevón, porque nuestro barrio también pinta pe', ¿sí o no?⁶

Esta violenta experiencia de vida está caracterizada, entre otros rasgos, por tener que «ganar» sus cosas, sus bienes, materiales o simbólicos. Este «ganar» implica necesariamente obtener recursos económicos y lograr respeto dentro y fuera del grupo de pares, respeto tanto de los ami-

⁶ «Jair», 17 años. Entrevista realizada en el Callao, viernes 3 de septiembre de 1999.

gos como de los enemigos. Esta práctica cotidiana explica por qué sus respuestas van del deseo de un futuro pacífico a la noción de uso legítimo de la violencia.

Para estos jóvenes la violencia resulta algo funcional. El ser diestros en el uso de la agresividad constituye casi su único capital. Con ella pueden desde alimentarse, y vestirse, hasta ganar reconocimiento siendo el líder de un grupo barrial o de una barra de fútbol. Prueba del carácter utilitario que tiene para ellos la violencia que son capaces de desplegar es la consciente habilidad que demuestran para su uso: evalúan cuándo, con quiénes y en qué dosis emplearla.⁷

Esto último nos permite comprender por qué los barristas del club Alianza Lima consideraron a algunos grandes líderes de la historia mundial como modelos y a otros como antimodelos, según lo expusimos líneas antes. En su opinión, personajes como Fidel Castro, Nelson Mandela y el «Che» Guevara emplearon la violencia de un modo positivo, como único instrumento de cambio. Pero rechazan las figuras que los colegios les han presentado como innecesariamente violentas, o que han hecho uso de la violencia con fines negativos para la humanidad: Napoleón, Atila o Hitler solo causaron destrucción con la violencia.

Considerar tan solo el carácter funcional que tiene la violencia para estos jóvenes, sin reparar en el sentimiento de disfrute que manifiestan, resulta un ejercicio incompleto pues no permite entender a cabalidad las respuestas de los barristas. Durante el taller expresaron, a través de la palabra «vacilón», cierta satisfacción en este uso funcional de la violencia: «¿cuáles son los personajes públicos que admiras más y por qué?»: «Silvester Stallone porque me vacila su agresividad con los enemigos». Esto se manifestó durante las entrevistas con el uso de la palabra «adrenalina»:

Guerrear es aquel procedimiento por el cual tú vas en la calle y te... y... eh... estiras tu cuerpo, eres ágil, te... esquivas las piedras, estás adelante, tienes que tener físico y agarrar a otro y cuando lo agarras a ese otro tienes que desquiciarte. Por ejemplo, es una guerra, es una guerra. Tienes que... que ser ágil. [...] ¿Y qué te motiva a participar de cosas así? Eh... la adrenalina que me fluye por el cuerpo.⁸

En una primera lectura esta aparente búsqueda de riesgo no encajaría con el eje de análisis planteado líneas antes (seguridad-inseguridad), debido a que los jóvenes estarían exponiéndose a situaciones peligrosas —como el *guerrear*— en las que el sentimiento que buscan evitar, la inseguridad, los embarga. Pero el *guerrear* se constituye en una práctica durante la cual refuerzan los lazos de lealtad con los amigos, reafirmandose

⁷ Es importante señalar en este punto que en este punto que para estos jóvenes la comunicación para estos chicos es un ejercicio igualmente funcional. Aunque el diagnóstico no arroja la evidencia suficiente, algunas respuestas escritas en los cuestionarios nos hacen pensar que para ellos «comunicación» es sinónimo de resolver conflictos, lo que encontraría explicación en esta misma dinámica del despliegue de violencia: es usual que, en determinadas circunstancias, los líderes de un grupo barrial en determinadas situaciones negocien con los rivales.

⁸ «Chévere», 22 años. Entrevista realizada en La Victoria, viernes 23 de abril de 1999.

la pertenencia a un colectivo que finalmente llena de seguridad al individuo:

Estás allí, allí con tu cuchillo, allí achorándote, esquivándote las piedras, entonces la gente ¡pa!, te apoya, y tú ves que la gente te está apoyando ¡pa!, tú más, ¡pa!⁹

Si bien los testimonios recogidos nos sugieren cierta satisfacción al participar de estas peligrosas actividades, el «guerrear» no tiene como propósito una búsqueda gratuita de inseguridad. Es al encontrarse dentro de esta dinámica de enfrentamiento agresivo que cada uno de ellos considera placentera esta reafirmación de la seguridad construida con los pares.

En resumen, se trata de jóvenes que constantemente están corriendo riesgos, por lo que terminan asumiendo una ambigua postura frente a la violencia. La funcionalidad que esta tiene para ellos responde a su experiencia: perciben la vida como una «lucha por la sobrevivencia». Su deseo de paz para el futuro responde también a la hostilidad del entorno en que viven. Sin lugar a dudas presentan una conciencia dividida entre el presente y sus anhelos. Finalmente, podemos entender por qué «Tatán», «Momón» y «Canebo» fueron ubicados bajo el rótulo de antimodelos: constituyen sus antimodelos de vida. Representan lo contrario a sus anhelos; pero en la vida real actuar como ellos se hace muchas veces necesario.

Los reclamos

De la observación sobre su relación con los animadores del taller, y posteriores conversaciones con ellos mismos, concluimos que estos jóvenes no rechazan la autoridad; al contrario, la buscan y la consideran necesaria, pero bajo sus propios requerimientos: que sea sincera y «chonguera» como su modelo de amigo, pero a la vez enérgica y decidida, como su modelo de líder.

La autoridad pública y los líderes políticos están totalmente desprestigiados. Las respuestas no hacen más que revelar desconfianza. Así, «gobierno es...»: «son unos rateros» o «si yo fuera presidente...»: «chapo todo el billete que pueda y saco la vuelta pues en este país no se hace nada». Nuevamente, nos ubicamos en el lado negativo del eje de análisis: «gobierno es...»: «muy inestable», precisamente lo contrario de lo que buscan y anhelan, que es la seguridad.

Al igual que su percepción de la autoridad pública y de los líderes políticos, los derechos humanos se ubican en el extremo negativo: «los derechos humanos son...»: «algo que no se cumple», «derechos que no se respetan y no cumplen la ley». Pero no solo es importante poner en evidencia esta similitud; hay que saber por qué existe esta relación. Para ello es necesario conocer qué reclaman y, según su criterio, qué viola los derechos humanos.

⁹ Fragmento de una entrevista grupal realizada a con miembros de un grupo barrial aliancista en el Cercado de Lima, viernes 19 de marzo de 1999.

Para introducir el tema les pedimos que mencionaran sus derechos y sus deberes. A partir de ello, concluimos que consideran como derechos de las personas los siguientes: estudio, trabajo, juego y libre expresión; y como deberes imprescindibles el vivir en armonía y respetar a los demás, pero también el estudio y el trabajo. Como vemos, estudio y trabajo constituyen su principal reclamo: se mencionan en la lista de derechos y en la de deberes.

Estos jóvenes son perfectamente conscientes de que la educación escolar no es garantía de nada, y de que los estudios que tienen a su alcance no les permitirán obtener buenos trabajos y, menos aún, trabajos fijos y seguros como los desean para sus vidas. Varios han desertado del colegio por múltiples razones, pero siempre relacionadas entre sí. Primero, no lo consideran un lugar agradable: «si fuera director de un colegio, yo...»: «pintaría los salones», «podría cambiar los baños», «lo haría mas divertido», «diría a los profesores que sean patas de los alumnos». Y segundo, sostienen haber sufrido los maltratos de los profesores: «¿qué detestas en los profesores?»: «que me cobraban», «que sean pegalones», aunque también son capaces de rescatar sus cualidades: «¿qué admiras en los profesores?», «la manera de expresarse», «ser inteligentes».

Hemos podido agrupar los ejemplos de violaciones de los derechos humanos bajo un solo concepto: la injusticia. Los ejemplos fueron sacados de su experiencia y se refieren a la injusticia entendida en dos dimensiones. Primero, la dimensión interpersonal: mencionan el abuso físico —«que nos peguen»—, el maltrato verbal y la falta de atención —«que no hagan caso lo que hablas»—; y segundo, la dimensión social: «no haber trabajos», «falta de educación», «que te exploten».

La evidencia nos permite presentar algunas conclusiones. En primer término, que el estudio y el trabajo sean su principal reclamo pone en claro que reconocen las limitaciones a las que están sujetos; limitaciones o desventajas que les impedirían una adecuada movilización social, un factor que alimenta el sentimiento de inseguridad que los embarga. En segundo término, saben perfectamente de qué se trata el asunto de los derechos humanos. Obviando sus reclamos de trabajo, estudio y juego, y utilizando sus propias palabras, se trata de: libre expresión, vida en armonía y respeto a los demás, lo que coincide con sus anhelos. El problema está en que al parecer estas dos palabras juntas, «derechos humanos», las han escuchado tanto que ya no significan nada para ellos. Comparten el descrédito de la autoridad pública y de las figuras políticas que ven por televisión; son términos distantes de sus modelos.

Podemos terminar el texto señalando el principal aporte del taller: cuando nos referimos a jóvenes considerados como pertenecientes a «grupos de riesgo», estamos hablando de jóvenes que poseen los mismos anhelos que otros, cualesquiera que sean, sin distinción de clase alguna. La diferencia fundamental radica en lo disociado que están estos anhelos —compartidos por todos—, de la realidad en la que estos jóvenes en particular están insertos. Ellos han aprendido a sobrevivir entre los límites de lo legal y lo ilegal; para ellos, la transgresión de las normas resulta un asunto funcional y casi forzoso. Temprano ejercicio de sobrevivencia que, realizado con el apoyo de los pares, determina el valor más apreciado por ellos y a través del cual podría decirse que leen el mundo: la lealtad.